

nes. Es curioso verlo polemizar con gente de su misma tendencia filosófica, cultivando interesantes detalles. También, llegar honestamente ante los bordes complejos de su sólido pragmatismo, allí donde éste se toca con la visión de un mundo instantáneo, de realidad conjetural e inconsistente, de relativismos victoriosos, de dominante sentido común, sin nada inefable ni misterioso y en el cual «la función de la filosofía es más bien desbrozar el camino para los profetas y los poetas». En una palabra, aunque compuesta: posmodernidad. O sea, aquello con lo que Rorty no quiere confundirse, porque es una mentalidad moderna y norteamericana: cree en el progreso moral como emergente del progreso técnico, espera en el futuro, promueve la universalidad de los derechos humanos y la democracia, concibe la verdad como un acuerdo de subjetividades que produce un efecto de objetividad, y un ajuste entre dicha diz que objetividad y la conveniencia/corrección que están establecidas como expectativas sociales. La filosofía ha de cumplir funciones útiles a los demás (todos somos los demás de los demás) en una trama de hipótesis que avanzan sobre un mundo de objetos en constante alteración, según avance el conocimiento sobre ellos.

El pragmatismo nos contagia fe en el lenguaje, vocación de diafanidad, desdén por lo parasitario. A la vez, se mueve frente a sus límites y

contradicciones, que Rorty explora admirablemente. Su postulado fuerte es la inexistencia filosófica de la verdad, algo absoluto e inconcebible. En su lugar, desplazando el viejo dilema apariencia-realidad, se instalan las maneras útiles de hablar. La verdad es absoluta: lo verdadero es relativo. Es decir que hace falta algo absoluto para que lo relativo sea relativo, pues si todo es, nada es. Lo conveniente y lo correcto también suponen valoraciones absolutas, aunque no fundamentales, pues son reemplazables. Por su parte ¿no es metafísico el sentido común? ¿No hay trascendencia —la trascendencia que el pragmatista abomina— al valorarse la práctica futura? ¿No ha sostenido Wittgenstein la existencia de lo inverificable más allá de las precisiones del lenguaje? ¿Qué fundamento racional y, por lo mismo, sometido a verificación, tienen las opciones de Rorty en favor de los derechos humanos y la izquierda democrática?

Frente a sus peligrosos vecinos posmodernos, Rorty vindica algunos logros de su escuela que se pueden universalizar: el conocimiento es un acto del cual nos responsabilizamos ante los demás, o sea un evento moral, y nuestra cultura lo es de la convivencia, es decir del ponerse en el lugar del otro como si fuera el propio lugar.

Flota, por fin, la interrogación: ¿existe algo que se llame filosofía y que englobe a los pragmatistas

anglosajones y a los metafísicos continentales, cultores de las divinas inutilidades del pensamiento?

Forjar nuestro país. El pensamiento de izquierdas en los Estados Unidos del siglo XX, *Richard Rorty, traducción y glosario de Ramón José del Castillo, Paidós, Barcelona, 1999, 176 pp.*

Burgués liberal, antirrevolucionario, creyente en los efectos de la política y no en sus principios, Rorty se considera un hombre de izquierdas. En efecto, intenta señalar qué diferencias hay entre un gobierno demócrata y otro republicano, a la hora de proteger a los débiles, evitar marginaciones y reforzar la solidaridad social, todo ello enmarcado en un contexto reformista.

Su modelo son las socialdemocracias europeas, mucho más desarrolladas, en cuanto al Estado del bienestar, que los Estados Unidos. Su bestia negra, la izquierda que se cree dueña de la verdad de la historia y de los sistemas de ideas que explican el destino de la humanidad. En tal orden, el gran error de los izquierdistas radicales ha sido confundir el comunismo o socialismo real con la tarea de las izquierdas en general.

Aparte de lo dicho, Rorty propone a una posible izquierda norteamericana la recuperación del orgullo nacional, actualmente en manos de

la derecha chovinista, militarista e imperialista. Recuperar el orgullo de ser norteamericano en el sentido de Whitman y Dewey: ser el primer país autocreado de la historia, el primer país esencialmente moderno, que se forjó sobre la creencia religiosa de sustituir el temor por el amor como bien social. Sólo con este retorno a las fuentes podrá la izquierda salir del estado contemplativo en que la sumió la experiencia de Vietnam, la liquidación de todas las esperanzas históricas, rubricada por el derrumbe del comunismo. Hay que volver a la izquierda pragmática y participativa de comienzos de siglo, según Rorty. La alternativa es el pesimismo apocalíptico, la espera de la hora inviable del capitalismo, desde esas categorías izquierdistas que son las universidades.

Rorty propone, pues, una nueva izquierda que sea, a la vez, clásica: moderada, capaz de alianzas eficaces, abocada a los problemas concretos, sin atrincherarse en la cultura de la diferencia, en el *ghetto* dorado de la historia. Principista pero no doctrinal, reflexiva pero no dogmática, esperanzada pero no profética. No deja de ser una sugestiva propuesta para salir del pantano ideológico de nuestros días, cuando repetimos fórmulas ideológicas creyendo que las ideologías han desaparecido.

B. M.